

Pintada:

SUCCIONANDO UN MATE CON UN SORBO DE CAFÉ EN LA BOCA (a partir de una conversación con Juan José Saer)

Más allá de la neurosis, o gracias a ella, la oralidad, es decir, mi oralidad, sería desde un punto de vista, si se quiere existencial, la forma más tranquila, cómoda y, tal vez, la más letal de extraerle el jugo posible a la vida.

Para quienes evitamos, o nos están vedadas, las emociones físicas intensas, para los que nunca escalaremos el Everest o posiblemente jamás pesquemos tiburones en el Caribe, el consumo continuo, habitual, de pequeños y pobres placeres sería como un simulacro de acción por el que sentiríamos estar viviendo la vida que vivimos y que nos alejaría del pánico que nos produce esa reducción casi tautológica que nos amenaza cada día: la de ser solamente artistas.

Beber, entonces, ingerir, hablar, podría configurar un conjunto de exorcismos contra el horror que nos provoca la suposición de que la vida que vivimos es sólo una mera interpretación estética (un largo, único e interminable poema, un cuadro infinito, casi transparente, sin densidad ni espesor).

Porque suponemos, se supone, que, por el contrario, lo que pinta un pintor, lo que crea un poeta, debe ser el compendio o el resultado de todas las emociones que ha acumulado a lo largo de la vida que ha vivido. Un cuadro, para dar un ejemplo, y de acuerdo con la imagen de artistas que hemos acuñado, no sería ya sólo una relación inteligente de líneas, manchas, formas, y colores, sino una relación de líneas, manchas, formas y colores, cuya inteligencia ha sido alterada en el momento de la ejecución, por una o más emociones previamente adquiridas o vividas por el pintor. De este modo, entonces, pensamos en los ojos negros y enérgicos de Picasso como en signos que justifican la genial particularidad de sus obras...

Por eso, cuando veo cómo reacciona la gente ante cualquier cuadro actual, anhelando exasperadamente, histéricamente, descifrar en esa maraña de líneas, manchas formas y colores, en ese jeroglífico descomunal y, aparentemente, anárquico que es una pintura, repito, anhelando descifrar la vida íntima del pintor, las emociones rectoras que lo obligaron a elegir esas formas y no otras, siento un profundo malestar, una horrible sensación de equivocación y malentendido.

Porque cuando bebo un sorbo de vino, cuando detecto con mi cuerpo la combinación de sus sabores, el placer que experimento, esa emoción inmediata, es algo que sé, con certeza, que nunca podré traducir en un cuadro. Porque cuando miro y recorro con la mirada cada fragmento de un cuadro mío y me pregunto qué parte de mi vida, qué emociones por mí vividas provocaron esos accidentes de colores y líneas que estoy viendo, no obtengo la más mínima respuesta, no puedo reproducir, ni aún con esfuerzo, la más pequeña sombra de un sentimiento...

Diría entonces, que este malentendido del que participamos, esas percepciones equivocadas de una obra de arte, son el resultado, tal vez, de esas simulaciones que actuamos los artistas (mi oralidad, por ejemplo). Conclusión que me lleva, no sin sorpresa, a establecer una clara diferenciación entre "vida de artista" y la vida de un artista.

Entonces, y para poner punto final, volviendo a las emociones de otros: la emoción del pescador no dependería, digo, del tamaño del tiburón que ha atrapado en

el otro extremo de la línea, así como la emoción del alpinista no dependería de la altura del precipicio sobre el cual pende de una cuerda, sino que, en ambos casos, pertenecería al orden de la prolijidad de los actos imprevistos pero precisos, con que el pescador tensa y afloja su línea o con que el alpinista clava sus estacas sobre la roca.

Del mismo modo la emoción del artista, entonces pertenecería al orden en que trata los accidentes de líneas, manchas, formas, colores, palabras, frases secuencias, silencios y sonidos: a la prolijidad proverbial con que acuna esos accidentes encontrados “esas intermitencias luminosas”, para que no mueran al nacer, para que muestren y desarrollen la inteligencia particular, irrepetible de su propia organización, en definitiva para que vivan una vida que, quizá, no tenga más sentido ni explicación que la nuestra propia.”

“Pintada”. La columna de Juan Pablo Renzi -Diario de Poesía. 1987.

“(…) Existe una idea general: “en un cuadro está todo dicho”. *En la Gioconda todo está allí*”. Sin embargo, y pensando en lo dificultoso del proceso de construcción de una imagen, me pregunto ante un cuadro terminado: ¿Cuántas ideas, cuántos pensamientos y sensaciones se habrán quedado en el pincel del pintor?”.

Interrogante que a su vez nos crea otro: ¿no será que una concepción del mundo no se agota, no se completa, tan sólo con pintarla?. Innumerables textos, actos y gestos de artistas parecerían configurar ésta conjetura.

Pero, ¿entonces- se preguntarán ustedes- de qué estamos hablando? Si por un lado he estado afirmando que la obra de arte es autónoma y autosuficiente en sí misma, independiente de lo que se diga o se escriba sobre ella, sólo material maleable para la historia, que se encargará de adjudicarle sentidos y, por otro lado he tratado de señalar la serie de confusiones y malentendidos que los discursos sobre la pintura y los pintores (incluidos los mismos textos de artista) producen en el público atento, ¿de qué estoy hablando ahora?. Parece que me contradijera. Sin embargo lo que estoy haciendo es tratar de llegar a un nudo conflictivo donde se entrelazan los temas a los que he aludido aisladamente: la imagen del artista, esa que busca a lo largo de su vida, sumatoria de las coherencias y contradicciones de cada imagen de cada cuadro que ha pintado o que vaya a pintar, la concepción del mundo que el artista se ha construido a lo largo de su vida y que, se supone, debe de alguna manera, reflejarse en su obra; la imagen que el artista tiene de sí mismo y por último, la imagen que los demás (público y crítica) se han hecho de la obra y del artista. O sea que estoy hablando de UN SISTEMA DE CÓDIGOS DIFERENTES QUE SE ENTRECRUZAN, de los que no siempre puede obtenerse un denominador común. Un mundo complejo (el del campo cultural) en el que el artista se levanta todas las mañanas persiguiendo fantasmas estéticos y se acuesta, por las noches, con la misma obsesión. Un mundo donde el artista siente que está dejando la vida de lado, donde intenta actuar, a veces, ciertos gestos de un guión, como preestablecido, que le den la sensación tranquilizadora de estar viviendo. Entonces, el tema del que estoy hablando, ese nudo conflictivo es la condición humana del artista, esa que le hace hablar, emitir discursos en un intento por aliviar el pánico que le produce ese abismo que se abre entre arte y vida, en un intento de conectar su arte con su vida .-